

El Epicuro de Mombrú

Cristina Ambrosini¹
cristinaambrosini@gmail.com

Resumen

El pensamiento de Epicuro ha sido uno de los más profundamente tergiversados, sobre todo por los enemigos del materialismo y del hedonismo que han querido desprestigiar esas ideas cambiando sus significados o creando una leyenda negra sobre ellas. Por otro lado, algunos de los más prestigiosos comentaristas nos han dejado una visión que no le hace justicia al pensamiento del filósofo del Jardín, reduciendo la riqueza de su sistema filosófico a un recetario de consejos para la buena vida y sus concepciones sobre la sociedad como un vulgar individualismo. Con osadía, pero también con erudición, la obra: *El sistema de Epicuro y el renacer de una idea postergada*, de Andrés Mombrú viene a revisar críticamente muchos de estos supuestos y a mostrar no sólo que su filosofía es un sistema, sino además que está en las raíces del materialismo y del hedonismo contemporáneo, vinculado al pensamiento de Marx y de Freud.

Palabras clave: epicureísmo – materialismo – hedonismo – ética – filosofía antigua – sistema.

Abstract

The thought of Epicurus has been one of the most profoundly distorted, especially by the enemies of materialism and hedonism, who wanted to disparage those ideas by changing their meanings or creating a black legend about them. On the other hand, some of the most prestigious commentators have given us a vision that does not do justice to the philosopher's thought, reducing the richness of his philosophical system to a sort of recipe tips for the good life, and his conceptions of society to a vulgar individualism. Daringly, but also with erudition, Andres Mombru's *The system of Epicurus and the rebirth of a delayed idea* comes to critically review many of these assumptions and to show not only that Epicurus' philosophy is a system, but also that it is in the roots of contemporary materialism and hedonism, linked to the thought of Marx and Freud.

Keywords: epicureísmo – materialism – hedonism – ethics – ancient philosophy – system.

¹ Dra. Cristina Ambrosini, Directora de la Especialización y de la Maestría en Metodología de la Investigación Científica, docente titular de grado y posgrado, investigadora.

Introducción

La aparición del libro de Andrés Mombrú, *El sistema de Epicuro y el renacer de una idea postergada*, es un acontecimiento digno de celebrar, ya que es poco lo que ha quedado de Epicuro, menos aún es lo que se escribe sobre él a pesar de la notoria actualidad de su pensamiento. Luego de más de 23 siglos de distancia con la obra de este pensador del Siglo III antes de Cristo, llama la atención que sean de absoluta actualidad las advertencias acerca de los males sociales y de las consecuencias adversas de las recetas remanidas, que queriendo aportar soluciones, resultaron fallidas; de eso modo los remedios recetados para “*curar las enfermedades del alma*” resultaron letales para el enfermo.

De las más de trescientas obras escritas que le adjudica Diógenes Laercio, se conservan solamente tres cartas (a Pitocles, a Heródoto y a Meneceo) y algunos fragmentos encontrados en un codex de la Biblioteca del Vaticano en el año 1888, que se conocen como Fragmentos Vaticanos. A estos pocos escritos se agregan los comentarios de Diógenes Laercio y especialmente el poema de Lucrecio, *De Rerum natura* que es la reconstrucción más importante del pensamiento del filósofo del jardín con más de 800 versos. Lo poco que circula actualmente, especialmente a partir de la autoridad de Carlos García Gual, insiste en la versión de un Epicuro que se limita, frente a los grandes sistemas de la filosofía anteriores a él, a rescatar el poder curativo de la palabra para calmar los dolores del alma. No es poco, pero aun así no hace justicia esta interpretación a los alcances de la filosofía de este pensador y a dar cuenta de la repercusión de sus ideas en autores centrales del pensamiento Occidental. A la lejanía de la obra y al deterioro proveniente del olvido, los enemigos del materialismo y del hedonismo han agregado su cuota de vandalismo sobre la obra de este filósofo, que no dejó una Escuela en el sentido tradicional, como Platón, Aristóteles o los Estoicos, ya que su pensamiento fue reacto a la formación de un dogma, por el contrario, predicaba la autonomía como valor principal, así y todo centros epicúreos proliferaron por todo el Mediterráneo por más de 700 años.

La principal tesis del texto de Mombrú afirma que los pocos testimonios conservados de la obra de Epicuro, alcanzan para sostener que el pensamiento del filósofo del Jardín, se constituye en un *sistema filosófico* vertebrado sobre tres ejes: la física, la canónica y la ética y no como una mera colección de consejos para la vida (Mombrú, 2015, p. 10). Mombrú ubica la interpretación de Pierre Gassendi (1592-1655) como la fuente en la que abrevaron las interpretaciones que hacen de Epicuro un antecedente griego de un atomismo cristianizado, desactivando el resto de su obra crítica a sus ideas acerca de la religión. Karl Marx le atribuye a Gassendi haber logrado liberar a Epicuro de las censuras de la Iglesia, en vista a una mejor valoración de la ciencia experimental, incipiente en su época, pero ya en un campo de batalla dominado por la ascendente burguesía. Otra interpretación influyente, especialmente en autores anarquistas y en Nietzsche, es Jean-Marie Guyau (1854-1888) a partir de la reivindicación del hedonismo y del rechazo a la religión. A partir de allí se despertaron también los intereses de empiristas y utilitaristas de la ética de Epicuro en el mundo anglosajón. Además de estas referencias a algunos de los comentaristas más reconocidos, Andrés Mombrú pone a Epicuro en relación con el materialismo dialéctico de Karl Marx y con las ideas fundacionales del Psicoanálisis en relación con el concepto de placer de Sigmund Freud.

Según Mombrú, este enfoque no implica desestimar el valor terapéutico de esta filosofía. Por el contrario, se enaltece esta característica al ubicarla en el marco de un esfuerzo soste-

nido de reflexión sistemática. Recordemos que la analogía entre la filosofía y la medicina no es un invento de Epicuro, forma parte de una de las tradiciones más antiguas de la cultura griega. Más que a la formación de un saber, se alude aquí a la liberación que produce corregir las dependencias, las deformaciones instaladas por un saber pernicioso del que hay que desprenderse. Esta idea capital supone que nunca es tarde para volver al camino correcto, para alcanzar la salud del cuerpo y del alma. Para Mombrú es posible articular este sistema donde la física, la canónica y la ética se fundamentan unas en otras. Entiende que quizás sea la adversidad lo que potencia y da sentido a la propuesta del filósofo del Jardín, ya que se expande en momentos de crisis, conflictos, desintegración social, violencia y hambrunas. Las contingencias biográficas de Epicuro permiten ubicar mejor las condiciones de emergencia de sus ideas. Epicuro nace en la isla de Samos, en el seno de una familia de colonos atenienses que optan por la vida en un lugar apartado de las difíciles condiciones de la Atenas imperial donde se restringen los derechos de los ciudadanos a consecuencia de gravosas legislaciones que limitan la participación política a los ricos, donde la pérdida de poder económico implica la pérdida de derechos civiles y donde se instala una oligarquía que termina por destruir definitivamente las bases de la antigua “democracia”. En contra de los ideales de una polis armónica entre las personas y la comunidad, ahora toda propuesta de “buena vida” parece reducida a un “sálvese quien pueda”, de allí que para Mombrú, se confunde esta actitud individualista y egoísta con la propuesta de Epicuro. El epicureísmo no es una filosofía desesperanzada sino una filosofía de la alegría, de la solidaridad y la amistad y su comprensión de la libertad humana dio paso a interpretaciones libertarias que hacen de Epicuro un protoanarquista y así lo expresa el autor de este libro:

No busca una elevación del hombre a transmundos ideales, a eternidades inhumanas y a la negación de la propia naturaleza, sino, por el contrario, a su realización concreta, material, relativa a las condiciones naturales y sociales de la existencia humana. (Mombrú, 2015, p. 25)

Esta interpretación de Epicuro toma distancia de otra interpretación, canónica, como las de Carlos García Gual, que en su obra *Epicuro*, si bien valora el su pensamiento, minimiza el carácter de un sistema filosófico para reducirlo a un “compendio” de ideas. Según García Gual, Epicuro aprovecha la bancarrota de las grandes escuelas para concentrar su propuesta en una ética orientada a indicaciones acerca de la buena vida, subordinando y resignando los aspectos cognitivos y científicos a la propuesta de los ideales de vida del sabio. Para Mombrú en cambio, y como se ha señalado y queda explícito en el mismo título del libro, la obra de Epicuro conforma un sistema que articula física, canónica y ética. Este es un punto importante porque resulta una innovación en la interpretación de la filosofía de Epicuro.

El atomismo de Epicuro y su influencia sobre el materialismo dialéctico de Marx

Para destacar la originalidad de la interpretación de Marx sobre Epicuro, Mombrú revisa la que hace Hegel del filósofo del jardín y constata que ésta última coincide con la tradición al atribuirle a este hedonismo una concepción individualista. Esto destaca aún más la audacia del joven Marx al prestar atención a las innovaciones que propuso Epicuro sobre el atomismo de Demócrito y desde allí sentar las bases de una forma de materialismo más rica y más compleja que la de su antecesor. Marx constata que Epicuro se adelantó a Galileo y a

los empiristas ingleses al concebir al átomo a partir de una deducción racional y distinguir entre lo que se da en la naturaleza y lo que el conocimiento humano puede producir configurando de este modo un antecedente de las concepciones fenomenológicas. Marx destaca esta metodología para indagar la naturaleza al diferenciar a los átomos como fundamento del orden material (ἄτομον ἀρχή) (*átomo arché*) el átomo como principio fenoménico de la física ἄτομον στοιχείον (*átomo stoiceion*). En este punto Epicuro coincide con la tradición, busca el *arché*, el fundamento último de todo lo que existe. Pero la innovación es que no solamente le interesa determinar cuál es ese elemento (el átomo) sino también determinar su dinámica. Para Epicuro son los átomos la unidad última de todo lo que existe, pero en su existencia, las cosas, son conglomerados de átomos. La existencia de estos conglomerados es perecedera y su cambio implica la pérdida de la existencia. Hoy, en tiempos en que el átomo ha dejado de ser la última frontera de “lo pequeño”, esto no invalida la forma de razonar de Epicuro, pues se trate de átomos o cuerdas, el concepto de “conglomerados” sigue vigente. Epicuro introduce al vacío como condición de posibilidad de la existencia de los conglomerados ya que la existencia del vacío es una necesidad teórica de su sistema.

El vacío epicúreo, es un concepto derivado deductivamente de la necesidad de explicar el hecho evidente de que los conglomerados cambian porque los átomos modifican su disposición los unos con respecto a los otros [...]. (Mombrú, 2015, p. 68)

Si todo fuera átomos, no podría explicarse el cambio. Es necesario postular el vacío para justificar la formación de conglomerados perecederos y cambiantes partiendo de la existencia átomos imperecederos. Cuando los conglomerados se dispersan, desaparece el objeto pero los átomos como tales son imperecederos y eternos. De tal modo Epicuro opone la eternidad de los átomos a la fugacidad de los conglomerados de átomos. Tal límite, la permanencia de los átomos más allá de la dispersión de los aglomerados, asegura la permanencia del Universo y es la garantía del orden racional. A la vez esta concepción tiene una profunda incidencia sobre la concepción del hombre y su relación con la muerte en una versión profundamente distinta a la concepción griega clásica, donde se admite la persistencia de la existencia del alma más allá de la muerte, la predestinación y el fatalismo. El sufrimiento y el dolor son características de los conglomerados, pero en el caso de los seres vivos, una vez dispersos por la muerte, desaparece toda posibilidad de sufrimiento. Este conocimiento es liberador del miedo a la muerte, ya que en la muerte no hay nada que temer puesto que no hay encuentro entre el hombre y la muerte. Cuando está uno no está el otro y viceversa. Epicuro, con esta novedosa concepción del átomo, intenta explicar la existencia del mundo material sin recurrir a explicaciones sobrenaturales al igual que el resto de los materialistas, pero a diferencia de los demás, al distinguir la existencia del átomo como entidad física y el concepto de átomo como consecuencia de una manifestación fenoménica, evita caer en los dualismos de la metafísica conocida hasta el momento. Esta realidad última, los (ἄτομον ἀρχή) (*átomo arché*), no son accesibles por los sentidos pero podemos conceptualizarlos por analogía con el conocimiento de los fenómenos ἄτομον στοιχείον (*átomo stoiceion*). A esta distinción Epicuro agrega otro concepto original que es el de *parénklisis*, clinamen o declinación. En acuerdo con Demócrito, para Epicuro todos los átomos caen a igual velocidad cuando se desplazan en el vacío, sin chocar entre sí, y ni el tamaño ni el peso influyen en esta velocidad, pero difiere en algo sustancial, la formación de los conglomerados no es el resultado de un choque fortuito, sino que se produce a causa de un principio de libertad en

indeterminación. La declinación es una necesidad pero no es determinista ya que la caída es oblicua, no recta y es este principio el que justifica la libertad en el interior más íntimo de la materia y de allí se proyecta en la conducta humana. Este atomismo que puede considerarse heredero de Leucipo y Demócrito, a pesar de ello, supera el fatalismo e introduce un principio de libertad en todo lo existente, incluso el hombre. Toda realidad es material y libre, incluso en el plano de la Ética. Esta concepción del cinamen incluye la incidencia de un azar que no es “casual”, sino que el apartamiento que hace a la composición de los aglomerados se sustenta en un principio de libertad; de ese modo desmitifica y denuncia el deseo de “necesidad” de los sistemas metafísicos anteriores a él. Marx aplica a esta concepción la dialéctica hegeliana al señalar que tanto Demócrito como Epicuro abstraen la temporalidad de la esencia del átomo pero a diferencia de su maestro, Epicuro considera al tiempo como la forma absoluta del fenómeno. Así, la realidad de la existencia se afirma en la alienación del átomo, en la temporalidad dentro de la intemporalidad. La objetivación de este conocimiento supone captar temporalmente la intemporalidad. De este modo el tiempo es la medida misma de la sensibilidad.

El atomismo de Epicuro como epistemología

La Carta a Heródoto, conservada por Diógenes Laercio, es el testimonio más completo de la física de Epicuro, destaca Mombrú, la que sería un resumen para los que no tuvieran acceso a los 36 libros que habrían contenido este atomismo y que parece que se llamó *Peri Fuseos*. Al elevar al (ἄτομον ἀρχή) (*átomo arché*), a la categoría de concepto, Epicuro sienta las bases de un materialismo donde los sentidos serán la principal fuente de conocimiento, pero dependerán no sólo de la intensidad del estímulo, de la capacidad y receptibilidad del sujeto que justifican este conocimiento, sino de una racionalidad que se entrelaza con la sensibilidad y que al contrario del platonismo y en cierto modo más afín al aristotelismo, relacionan en la producción del conocimiento razón y sensibilidad. Esta teoría hunde sus raíces en concepciones de Empédocles y Demócrito. Para Epicuro, a diferencia de los animales, en los hombres la percepción sensible se articula como lenguaje. Antes de los planteos de lingüistas contemporáneos, ya Epicuro advierte con claridad el factor social en su incidencia sobre la evolución del lenguaje, afirma Mombrú (2015, p. 121). Tal captación sensible no es siempre fiable por lo que se necesita una ciencia de la naturaleza, un ordenamiento racional del conocimiento que distinga la verdad del error. No se trata de un craso sensualismo sino que se destaca la incidencia de la parte racional del alma donde incluso se admite la existencia de objetos de conocimiento de origen racional. Marx valora positivamente esta postura al afirmar que Epicuro:

[...] ha podido elevar el pensamiento al concepto de su objeto incorporando el tiempo como la forma abstracta de la percepción sensible. (Mombrú, 2015, p. 126)

En solidaridad con Epicuro, Marx pretende con esta *epistemología* liberar al hombre de los fantasmas de su mente, de la falsa conciencia alimentada por las ideologías de la dominación. Si bien las relaciones de dominación de la época de Epicuro no son equiparables a la del capitalismo que tematiza Marx, coinciden en considerar a la ciencia como parte de un pensamiento *emancipatorio*, capaz de desocultar los mecanismos de dominación que se valen, sobre todo, del miedo, de los temores instalados por las supersticiones. En contra de

todo dualismo, para Epicuro el alma es tan material como el cuerpo. Así lo exterior impacta sobre lo interior pero no como un encuentro entre naturalezas distintas sino como facultades que participan de la misma materialidad. En varios párrafos Mombrú destaca que no debe interpretarse que este materialismo admite que los sentidos nos informan la verdad de los fenómenos, por el contrario, si fuera así no habría necesidad de hacer ciencia. Los sentidos pueden conducirnos al error y es la razón la que puede encauzar el conocimiento de la realidad para rectificar los errores. Hegel descarta que en Epicuro haya un finalismo y esto se justifica en que no admite una finalidad para el Universo. La libertad se introduce en todas las determinaciones naturales y humanas e impulsa el cambio. Cuando Epicuro recomienda “vivir conforme a la naturaleza” no se refiere a atarse a algún determinismo sino, por el contrario, estar abierto a la libertad. Su teoría sobre los placeres admite que los placeres de la carne, los placeres sensibles, no son la base de la ética, pero tampoco son antagónicos, sino que se articulan con otros placeres más elevados ligados a la libertad, la autarquía y la amistad.

Por otra parte esto tiene efectos en el ordenamiento del mundo humano y en el orden de la polis. Los afanes por la obtención de riqueza o de poder político no pueden más que traer sufrimiento y guerras, es decir, dolor. Así como los átomos son libres en la conformación de los conglomerados, también el hombre individual es libre para orientar su conducta. Aquí no hay choque entre legalidades distintas (la natural y la humana). Por el contrario, la canónica da pie a la ética para fundamentar un hedonismo que toma partido por los placeres, tanto los que provienen de los sentidos como los que proceden del intelecto como la base de una vida feliz. Ahora bien, es el intelecto el que debe evaluar cuáles de aquellos placeres que se buscan y los modos en los que se “goza” tienen efectos de cuidado y preservación y cuales terminan siendo destructivos. Los placeres no deben nunca ser buscados con desenfreno, sino con medida y decir “con medida”, es decir con razón. El discernir racionalmente el modo en que se deben perseguir los placeres es determinante de las prácticas más convenientes para organizar el mundo social, esto es, el mundo de la polis. Al que, según Mombrú, Epicuro no renuncia, como sostienen la mayoría de los comentaristas, sino que lo piensa desde otras lógicas y desde otro tipo de vínculos. A diferencia de las concepciones tradicionales “el jardín”, no es una cofradía de amigos separados del mundo, sino que se trata de una propuesta política en la que ese tipo de organización ha de ser la base para mejorar las condiciones del mundo social.

Marx ubica a Epicuro entre los socialistas utópicos ya que su materialismo no es un proyecto con el cual hacerle frente al poder de manera combativa, por el contrario, es en la reclusión y el abandono del ágora, en el refugio de la amistad con unos pocos es que se consigue la felicidad. Mombrú señala una cantidad de diferencias entre estas dos posiciones y de este modo hace entendible las diferencias de épocas y de ideales. Para Epicuro la ataraxia es el ideal de vida feliz del individuo que incluye un trato acorde con la naturaleza. En cambio en Marx el hombre humaniza la naturaleza. Marx admite que la naturaleza está para que el hombre se la apropie, esto no lo cuestiona, en tal caso lo malo es que solamente se la apropiaran las clases dominantes. Dice Mombrú:

Para Marx el fin de esta alienación pasa por revertir el orden social y la construcción práctica y revolucionaria de una sociedad comunista. (Mombrú, 2015, p. 163)

Este optimismo marxista contrasta con Epicuro quien es profundamente escéptico respecto a las chances de una revuelta social que pueda cambiar el orden imperante pero, en

contraste, siguiendo la matriz griega, considera que la razón es una guía “buena” ya que la vida racional da felicidad. Marx, en cambio, es ubicado como uno de los filósofos de la sospecha, al desenmascarar a la racionalidad como “falsa conciencia” y poner en crisis los valores de la Ilustración, del racionalismo de su época. Tanto para Platón como para Aristóteles, el ciudadano, el hombre, es fundamentalmente un miembro de la polis y, para ellos, sólo las bestias y los dioses pueden ser felices en soledad. Por el contrario, Epicuro defiende la idea de apartarse de la política porque acarreará grandes males y perturbaciones a quien se comprometiera en este tipo de causas, y de ningún modo aceptará sacrificar el bienestar y la tranquilidad del alma en aras del Estado. El sabio no aceptará cargos públicos, se limitará a acatar las leyes, no tanto porque las considere justas sino para no ser perseguido ni molestado. “Vive en lo oculto” (*láte biósas*), será uno de sus lemas, pero se podría agregar; pero no de espaldas a los vínculos sociales que produce la amistad, que son posibles por la libertad y que producen una felicidad sustentable y duradera, sin las amenazas del litigio constante de las formas tradicionales de política. Es importante destacar que para Mombrú, esas visiones que no alcanzan a tener en cuenta que Epicuro piensa desde otras dimensiones a la política, se producen por reflexiones que no se han podido sustraer de las concepciones de política que han imperado en el mundo moderno y en el contexto del Estado capitalista.

La doctrina del placer en Epicuro y Freud

Mombrú no sólo analiza aspectos de la filosofía epicúrea centrados en el materialismo como es más habitual y los vincula con el materialismo marxista y con la lectura de Marx sobre Epicuro, le interesa también el hedonismo de Epicuro ha sido uno de los tópicos más discutidos de su filosofía, pero sin perder de vista, como con Marx el otro aspecto central que también se encuentra en el título de su obra, “el renacer de una idea postergada”. Mombrú sostiene que la doctrina sobre los placeres forma parte, como dijimos, de un sistema donde la física, la canónica y la ética se articulan. La confrontación de este hedonismo con las ideas contenidas en *Más allá del principio del placer* de Freud, no intenta mostrar la influencia del filósofo del jardín sobre el padre del psicoanálisis, sino ubicar ciertas encrucijadas culturales y cómo interviene en ellas la doctrina sobre el placer.

Epicuro distingue distintos tipos de placeres pero, en su concepción, el principal placer deriva de la ausencia de dolor. ¿Por qué la ausencia de dolor es placer? Porque no es necesario que estímulos extraordinarios produzcan el placer, el sólo hecho de estar vivo y de satisfacer las necesidades básicas es garantía de placer y felicidad. Epicuro explora las causas del dolor y este conocimiento debe servir para evitarlas y con ello lograr la *ataraxia* que es el resultado de este esfuerzo racional por evitar las malas consecuencias, básicamente, de los excesos. Esto permite afirmar que este hedonismo no es un craso sensualismo ya que reconoce Epicuro que los sentidos son fuente de placer en la medida en que no se caiga en los excesos, que son causa de sufrimiento y conducen a la muerte. En este punto es necesaria la intervención de la *phrónesis*, la prudencia, en vista a evitar perturbaciones y dolores, tanto en el cuerpo como en el alma. El interés del psicoanálisis, por su parte, es el de evitar los desequilibrios para llegar a una cierta tranquilidad, que para Mombrú, tiene importantes similitudes con la *ataraxia* epicúrea, pero también socrática. “Epicuro sabe lo que luego sostendrá Freud, que la cultura se construye sobre la base de la represión” (Mombrú, 2015, p. 181). En este punto, Epicuro da respuesta acerca del “malestar en la cultura”; refugiarse en las pequeñas comunidades, en el trato con

pocos y elegidos amigos para desplegar allí las posibilidades de la libertad. El argumento que esgrime Mombrú en contra de la concepción del hedonismo epicúreo como una suerte de apología del individualismo es que el placer solamente es posible a partir del reconocimiento del otro y del vínculo con el otro que hace posible la felicidad y que es la amistad; de allí que no tienen justificación los que acusan a Epicuro proponer un individualismo filosófico.

Epicuro distingue los placeres del cuerpo y los del espíritu. Estos últimos no están concebidos de manera antagónica a los primeros sino en articulación, como dijimos. Recordemos que para Epicuro la principal tranquilidad y base de los placeres más elevados es la tranquilidad del estómago, es decir, no tener hambre. A diferencia del planteo platónico, los placeres corporales no son la fuente del “error”. Por el contrario, se incurre en el error por incidencia del miedo que es producto de una razón alucinada que cae en excesos y fuerza a los estímulos más allá del placer en los excesos que producen dolor.

El temor, la primera causa de sufrimiento, es para Epicuro, producido por la ignorancia, que no es ausencia de conocimiento sino ausencia de sabiduría. La razón puede extraviarse, ser fantasiosa y fuente de los peores sufrimientos.

A diferencia de Platón y Aristóteles, para Epicuro, el ideal del sabio supone a un individuo que puede vivir al margen de la vida cívica y ser feliz. En la concepción epicúrea tenemos una vida única e irreplicable que merece que transcurra con felicidad. La ciencia nos serviría para despejar los temores y fundamentar un conocimiento destinado a liberar al alma de los miedos y supersticiones. Para ello la ciencia deberá acompañarse de la ética. La ausencia de dolor, la *ataraxia*, proviene de placeres estáticos (catastemáticos) mientras que la alegría proviene de placeres dinámicos (cinemáticos).

Epicuro propone la búsqueda de un equilibrio de las pasiones que atempere los excesos tanto del cuerpo como del alma. La idea de un “cálculo de los placeres” está presente en Epicuro y ya en la Modernidad será fuente de inspiración del Utilitarismo inglés. En la interpretación de Mombrú, ni en Epicuro ni en Freud, la búsqueda de la desafectación se acerca a la idea oriental del Nirvana, donde hay una supresión del yo y una búsqueda de unidad indiferenciada con el cosmos. Para Freud entre el principio de placer y el principio del nirvana, que abraza a la muerte, se encuentra el principio de realidad que busca un equilibrio entre pulsiones antitéticas como *eros* y *tánatos*, tema que es retomado por Marcuse, señala Mombrú, para poner en evidencia el carácter social del proceso civilizatorio. Lo útil es lo que nos libera de la necesidad natural, la que, por otra parte, no puede ser anulada sin costos. La clave está en elegir con sabiduría. En *Más allá del principio de placer*, Freud plantea distintos niveles del sistema psíquico donde tanto la conciencia como el inconsciente tienen un asentamiento fisiológico, es decir, orgánico. Frente al principio del placer aparece una compulsión a la repetición de experiencias traumáticas.

Para Epicuro y también para Freud, ese enemigo del hombre que es la necesidad, es también su aliado, en tanto es el marco de referencia que impulsa hacia la satisfacción de los deseos y de las necesidades y limita y reprime la satisfacción inmediata e indiscriminada. Y a pesar de que lo propiamente humano se modela en función de la represión cultural. (Mombrú, 2015, p. 200)

Para concluir con Esperanza Guisán

Como dijimos al inicio, son pocos los que han prestado atención a la filosofía de Epicuro, pero entre ellos algunos, como Foucault (2002) o Martha Nussbaum (1993), concentraron la atención solamente en aspectos de la ética. Del mismo modo la filósofa española Esperanza Guisán (1940-2015), principal referente de los estudios sobre el Utilitarismo contemporáneo, destaca el aporte de Epicuro a la filosofía y escribe el *Manifiesto hedonista*, a fines de los años 80. En consonancia con el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels, Esperanza Guisán sostiene la “esperanza”, valga la palabra, de cambiar el mundo. Para la filósofa española, el hedonismo no es una filosofía de salón, es más bien, un ideal de sabiduría, de intempestiva y heroica sabiduría. El hedonista sabe que el Jardín de Epicuro ya no es un refugio seguro y que un amigo es poco pero, dado lo menesteroso de la vida, puede ser muy valioso. La vida nos sirve, también, se afirma en este *Manifiesto*, para constatar que a menudo la gente es peor que mala, es insípida, aburrida, nos da pequeños apretones de mano, todo transcurre entre penumbras, (Guisán, 1990, p. 62).

La búsqueda de la felicidad tampoco es cosa fácil: la oscuridad nos asusta pero la luz del sol nos encandila, nos agobian los amores-cárceles que no nos dejan ser nosotros mismos o somos nosotros mismos a expensas de una dura y espesa soledad, nos acomodamos a los patrones de conducta o nos condenamos al ostracismo y la indiferencia de los otros. No hay tanto para elegir. Entre tantas limitaciones, postular el placer como el fin último de la vida, no es conformarse con cualquier satisfacción instantánea, no es “dejarse llevar”.

El hedonista busca la excelencia del placer que nos confiere una elegante ligereza al constatar que no somos tan torpes ni tan lerdos como pensábamos. Ahora, de pronto, desenmascaramos la fatuidad de los poderes que nos gobernaron, descubrimos que es mucho lo que puede evitarse, advertimos que el poder de los demás sobre nosotros es resistible, que no somos tan frágiles ni manipulables. Aquí se reconoce que el proceso de hacernos sabios es una metamorfosis penosa, lenta y dolorosa. Aprender a gozar es algo que se logra en los momentos de ocio, alejados de las Instituciones y las reglas destinadas a domesticar y arrebautar. En ese espacio privilegiado de lo inútil, de lo insignificante, de lo despreciado, el hedonista sabe que puede desarrollar capacidades inéditas.

Por un momento hemos salido de La Caverna, afirma el *Manifiesto hedonista*, para volver reconfortados con la expectativa de correr mejor suerte que Sócrates. Un estado de ánimo de esta índole es el que nos provoca la lectura del Epicuro de Andrés Mombrú, con la ventaja de que en este libro se explicitan las bases “científicas” y epistemológicas que justifican y dan sustento teórico a la Ética. Como se destaca, en Epicuro, el conocimiento científico busca un interés emancipatorio, libertario y es en este terreno de interés común entre la epistemología y la ética donde un pensador como Epicuro alcanza la cúspide del Olimpo de los grandes pensadores.

Finalmente, como se lee en las Palabras iniciales del Epicuro de Mombrú, este libro es fruto de un trabajo temprano del autor y tiene la espontaneidad y la frescura de quien no está todavía limitado por las rigideces académicas. La reescritura le ha permitido sistematizar mejor sus argumentos y afortunadamente en el resultado final se encuentra la misma osadía y originalidad del punto de partida. Esperamos que a partir de esta revisión y articulación del

sistema de Epicuro se produzca un fructífero “renacer” de un pensador que ha sido tergiversado, censurado y omitido durante gran parte de la historia de la filosofía.

Bibliografía

- Ambrosini, C. (2008). “La farmacia de Epicuro hoy”, en *Cuadernos de Ética*, Vol. 23 N° 36, pp. 13-19.
- Foucault, M. (2002). *La hermenéutica del sujeto*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Guisán, E. (1990). *El manifiesto hedonista*. Barcelona: Anthropos.
- Mombrú Ruggiero, A. (2015). *El sistema de Epicuro y el renacer de una idea postergada*. Avellaneda: LJC Ediciones.
- Nussbaum, M. (1993). “Argumentos terapéuticos: Epicuro y Aristóteles”, en M. Schofield y G. Striker (comps.) *Las normas de la naturaleza. Estudios de ética helenística*. Buenos Aires: Mananthial, pp. 41-82.
- Foucault, M. (2006). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la Prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.